



Escribe Carlos Esplá



CORRESPONSAL PERMANENTE
DE NOTICIAS GRAFICAS EN PARIS

Reynaud, el que Paga la Defensa de Francia

PARIS, abril de 1939 (por avión). — Europa paga, con su propia ruina, el estado de inquietud en que vive. Cada alarma internacional, cada amenaza de guerra, repercuten en el bolsillo del último europeo. Son como un mordisco en la fortuna de los Estados y de los individuos. Los presupuestos se hinchan, las monedas se afilan y pierden peso, los negocios titubean. Cuando se cierne sobre Danzig el peligro de una invasión, el marinero bre-

tón o el obrero parisiense saben que no tardarán mucho en pagar más caro el kilo de manteca o el litro de vino. La economía moderna tiene una precisión y una sensibilidad espantosa. Un discurso pronunciado en Nuremberg puede hacer subir el precio de las patatas en Perpignan. El ministro francés de Hacienda, señor Reynaud, acaba de recordar a los franceses estas verdades elementales y terribles.

El señor Reynaud es un buen ministro de Hacienda, buen contable y buen cajero del Tesoro público francés. Es un político conservador, de formación estrictamente burguesa y capitalista, que ha prestado al gobierno radical-socialista del señor Daladier la valiosa ayuda de su competencia técnica. Hace algunos años, cuando Paul Reynaud comenzaba brillantemente su carrera parlamentaria, las derechas francesas vieron en él una de sus más firmes esperanzas. Con halagos y diltirambos lo empujaban hacia el reaccionarismo agresivo, hacia el conservadurismo de combate. Pero Paul Reynaud, sin abandonar sus convicciones derechistas, se les escapó de las manos. Y con su filiación auténtica de republicano moderado, de con-

servador consecuente, ha colaborado con las izquierdas radicales en la Cámara del Frente Popular. No creo que Paul Reynaud haya evolucionado ni adulterado su posición derechista. Lo que ha hecho es superar las preocupaciones partidistas de sus correligionarios, y preparar, por su parte, la unión política de los franceses ante las amenazas exteriores.

Bajo la dirección de Paul Reynaud las finanzas francesas han entrado en orden. Reynaud es el hombre del método, de la disciplina, de la claridad. Parece que no haya en él espacio para la fantasía o la improvisación. ¡Excelentes virtudes para llevar la contabilidad de un negocio tan complicado como el de Francia!

De vez en cuando, el señor Reynaud habla a los franceses, por radio. Es para decirles que necesitan trabajar más, pagar más céntimos los sellos de correo y el tabaco, satisfacer más impuestos, renunciar a una parte de sus ganancias y de su bienestar. Es el precio puesto a la defensa de Francia. Cuando el señor Daladier ordena una movilización, es el señor Reynaud quien paga la factura. Cuando el señor Comptinchi bautiza un nuevo acorazado, es, también, el señor Reynaud quien paga. Y el señor Reynaud no puede hacer más que esto: o reclamar nuevos impuestos a los franceses o fabricar billetes, hacer inflación, lo que él llama hacer "moneda falsa". De las palabras por radio del señor Reynaud nacen, pues, nuevos sacrificios para el contribuyente francés. De este modo ha conseguido el ministro de Hacienda mantener sanas las finanzas francesas en pleno desorden europeo y defender el valor del franco.

En su último discurso, por radio, el señor Reynaud ha anunciado a los franceses una serie de medidas económicas y finan-

cieras encaminadas a reunir los diecisiete mil millones de francos que necesita para que le salgan bien las cuentas y mantener el nivel de la moneda. La cifra se dice pronto, pero esos diecisiete mil millones, reunidos céntimo a céntimo del pequeño consumidor, arañando beneficios industriales, forzando la producción, podando servicios de paz, representan una serie considerable de sacrificios para los franceses. Las palabras del señor Reynaud, como sus números, son claras. Cierta es que habla al contribuyente francés, que es un contribuyente dócil y resignado. Lo único que le pide al ministro de Hacienda es que no haya desigualdad en el sacrificio, que no haya privilegiados. Con esta condición, paga, sin protesta, el precio de la defensa de Francia.

Acaso una de las armas invisibles de los regímenes totalitarios contra las potencias democráticas sea mantenerlas en estado de inquietud e inseguridad financiera permanente, forzándolas a mayores gastos defensivos, desgastándolas hasta destruirles los nervios. Frente a esa táctica, el señor Reynaud es un ministro de Hacienda que no tiene nervios. Y que procura que no los tengan los contribuyentes de Francia.

CARLOS ESPLÁ

A.P.C.E.

SIG.: 1.2d/977